

LAS TÁCTICAS DE PODER DE JESUCRISTO

Ahora que el cristianismo ve declinar su fuerza en el mundo de las ideas podemos apreciar en su verdadera dimensión las habilidades de Jesucristo. Las innovaciones de Jesús como organizador y líder no han sido tomadas en cuenta por la mayoría de los cristianos y de los investigadores en ciencias sociales. Por lo general, sus éxitos fueron atribuidos injustamente al Señor, o (hecho aún más injusto) a discípulos como Pablo. Pero si se abandona la idea de que la intervención de Dios o de líderes posteriores fue la responsable del éxito de Jesús, se evidencia su increíble capacidad como organizador. Fue un individuo que ideó por sí solo la estrategia de una organización que derrocó al Imperio Romano y que conservó un poder absoluto sobre el populacho del mundo occidental durante muchos cientos años. Nunca nadie alcanzó semejante hazaña, y hasta este siglo en que surgieron los líderes del comunismo y de otros movimientos masivos, ni siquiera tuvo competidores.

Para comprender a los actuales revolucionarios mesiánicos debe apreciarse la herencia dejada por Jesús. Hombres como Lenin y Trotsky en Rusia, Hitler en Alemania, Mussolini en Italia, Mao Tse-Tung y Ho Chi-min en Asia, Castro en Cuba y líderes del poder negro como Elijah Mohamed en los Estados Unidos desacreditan a Jesús en sus arengas públicas. Es cierto, la organización que éste fundó aún ejerce influencia en las instituciones que deben ser derrocadas. Sin embargo estos hombres le deben mucho más de lo que estarían dispuestos a reconocer, en principio, una innovación fundamental: la idea de luchas por el poder organizando a los desposeídos y a los pobres. Durante siglos esta idea no se valorizó y en consecuencia los pobres no constituyeron una amenaza para el establishment; lo más que podía esperarse de ellos era un esporádico amotinamiento. En este siglo es imposible olvidarse de los pobres porque existen hombres que dedican sus vidas a sublevarlos y organizarlos. La ideología de los líderes de los movimientos masivos contemporáneos difiere en ciertos aspectos de la de Jesús, pero creemos que su estrategia fundamental no surge espontáneamente en nuestra época, sino que fue creada por un hombre en Galilea y que ya se encuentra esbozada en el Nuevo Testamento.

Todo lo que sabemos de Jesús se basa en los escritos de los miembros de su organización, y en la medida en que pueda dudarse de la objetividad y autenticidad de la Biblia será posible cuestionar la verdadera naturaleza de la contribución de Jesús. Nuestro enfoque tomará literalmente a los autores de los evangelios, es decir, seguiremos la descripción de un hombre que formó y dirigió un movimiento. Con respecto al texto adoptamos una posición fundamentalista y nuestras preferencias se inclinan hacia los evangelios según San Mateo, San Marcos y San Lucas. Muchas generaciones, incluyendo a los líderes revolucionarios actuales, leyeron esta descripción como un retrato significativo de un líder ideal. El texto es una guía de las ideas del hombre occidental sobre el poder y el liderazgo; también es un manual sobre las tácticas de Jesús.

No nos ocuparemos del mensaje espiritual de Jesús ni de las ideas religiosas expresadas metafóricamente a través de sus palabras y su vida. Sólo describiremos cómo organizó y dirigió a la gente.

UN HOMBRE SOLO

Según los evangelios, Jesús estaba solo y era desconocido cuando surgió a la vida pública. Se enfrentó a la tarea de formar un movimiento y constituirse en un líder religioso de un pueblo que ya estaba ligado a una institución religiosa con todas sus reglas, cuyos líderes poseían las armas del poder estatal y operaban con un cuerpo de leyes obligatorias que controlaban a cada individuo desde el nacimiento hasta la muerte. Los conservadores ricos y los romanos de la ocupación, deseosos de conservar una colonia pacífica, exterminaban sin piedad a los revolucionarios y estaban dispuestos a oponerse a cualquier movimiento que perturbare el status quo de una colonia pacífica. Considerada esta oposición, tan formidable como cualquiera de las ofrecidas a los líderes de movimientos masivos de este siglo, no nos habría sorprendido que Jesús apenas hubiese provocado sólo una onda en el torrente social.

Pero a pesar de estar solo, Jesús contaba con muchos factores a su favor y, como cualquier gran líder, usó con habilidad las fuerzas disponibles. El pueblo estaba descontento. No sólo reinaban la pobreza y la opresión, sino que los impuestos romanos hacían desaparecer tanto a los artículos esenciales como los excedentes del país derrotado. El pueblo se enfrentaba a una jerarquía de familias explotadoras mantenidas en el poder por los colonizadores romanos que ocupaban el país. Así como en Rusia los bolcheviques partieron del hambre y la derrota militar, o en Alemania los nazis utilizaron la derrota y la desesperación, también aquí el pueblo tenía poco que perder con algún cambio.

Jesús vivió en una época en que la estructura de poder no estaba unificada. La división geográfica creada después de la muerte de Herodes provocó conflictos y resentimientos: existían desacuerdos entre las clases pudientes y los sacerdotes; la jerarquía sacerdotal estaba en conflicto interno y los romanos eran suficientemente odiados como para crear una escisión entre el gobernador y el pueblo. El establishment no podía ofrecer un frente unido ante un intento de tomar el poder.

También la mitología de la época favoreció a Jesús. Circulaba un mito persistente sobre un Señor o Mesías que con su llegada aliviaría mágicamente todas las dificultades, haciendo desaparecer la miseria y acabando con todos los enemigos, y que otorgaría el poder a las tribus de Israel sobre las setenta y siete naciones existentes. La esperanza de que había llegado un mensajero se podía alimentar de nuevo con la aparición de un profeta. Al parecer Jesús entró en la vida pública en un momento en que existía una creencia compartida: podía llegar un hombre y cambiarlo todo.

DÁNDOSE A CONOCER

Cuando Jesús apareció en escena se encontró marginado de la estructura de poder, puesto que no era ni rico ni romano, ni miembro de la jerarquía religiosa. Las riquezas y la ciudadanía romana no estaban a su alcance, pero en el judaísmo un hombre podía elevarse llevando una vida religiosa. Este fue el camino elegido por Jesús. Sabemos cómo vivió durante los años anteriores a su vida adulta, pero cuando apareció en público lo hizo como profeta religioso.

Aunque no es fácil para un desconocido adquirir fama, Jesús logró atraer la atención del pueblo utilizando una tradición popular. La gente escuchaba y respetaba a los religiosos ambulantes que hablaban en la calle. Por lo general, esos hombres condenaban a las ciudades y a los clérigos hipócritas que vivían con holgura. Jesús adoptó esta conducta tradicional y habló por todo el país, en las sinagogas y en los campos, dondequiera que lo escuchasen. Su pobreza evidente no fue una desventaja para el profeta; en realidad se la podía considerar una virtud. La tradición profética también resultaba útil si se deseaba obtener una buena reputación antes de crear una fuerte resistencia. El Estado y la jerarquía sacerdotal estaban acostumbrados a la crítica dentro del marco profético, de modo que un hombre podía hacerse escuchar sin ser exterminado de inmediato.

En esa ciudad, para hacerse conocer, no sólo era necesario viajar, hablar y contar con una audiencia; también se necesitaba poder hablar de cierta manera. Si sólo se decía lo ortodoxo, la gente no quería escuchar. Ya tenían a los líderes religiosos establecidos para hablarles de las ideas que se debían tener. Por otro lado, decir lo que no era ortodoxo implicaba el peligro de perder la audiencia, contrariando a un pueblo dedicado a una religión establecida e incorporada a sus vidas. En un sentido lógico quienes dicen que Jesús no proponía una nueva religión están en lo cierto; los evangelios también lo confirman. Y es indudable que así el pueblo no le habría escuchado. Durante toda su vida pública, Jesús se las ingenió para despertar atención como una autoridad que aportaba ideas nuevas, al mismo tiempo que presentaba lo que decía como ortodoxia estricta. Para ello empleó dos recursos: primero, insistió en que no sugería ningún cambio y luego propuso el cambio; segundo, insistió en que sus ideas no se desviaban de la religión establecida sino que eran una expresión más verdadera de la misma. Ambas tácticas son típicamente utilizadas por los líderes de los movimientos masivos que, por razones estratégicas, se ven obligados a definir su acción como ortodoxa mientras provocan los cambios necesarios para lograr una posición de poder. Por ejemplo, Lenin sostenía el principio de la mayoría, pero insistía en que la minoría era en realidad la mayoría. De modo similar, enunció que un solo partido político constituía una expresión más acabada de la democracia ya que ese partido representaba a la mayoría proletaria (aunque en realidad fuese una minoría).

La habilidad de Jesús para proponer simultáneamente el conformismo y el cambio halla su mejor expresión en su discusión de la ley y sus demandas. Las leyes religiosas, las leyes civiles y las costumbres eran una misma cosa, de modo que cuando Jesús discutía la ley, trataba con los aspectos centrales de la vida de todos.

El dice •:

No penséis que he venido a destruir la Ley o los Profetas, no he venido a destruirla, sino a consumarla... Si pues, alguno descuidarse uno de esos preceptos menores y enseñare así a los hombres, será tenido por el menor en el Reino de los Cielos, pero el que practicare y enseñare, ése será tenido por grande en el Reino de los Cielos. (Mat. 5: 17-19).

Si Jesús hubiese seguido este precepto, nadie habría podido presentar la más mínima objeción a sus palabras: no habría educado discípulos, sino reunido adeptos para el establishment. Sin embargo, e inmediatamente, se presenta como la autoridad y propone importantes revisiones de la ley.

* Todas las citas de la Biblia transcriben la versión de Nácar-Colunga y remiten a su 21° edición, La Editorial Católica S, A., Biblioteca de Autores Cristianos Madrid. (N de la T.)

Dice:

Habéis oído que se dijo a los antiguos: no matarás; el que matare será reo de juicio. Pero yo os digo que todo el que se irrita contra su hermano será reo de juicio: el que dijere “raca” será reo ante el Sanedrín y el que le dijere “loco” será reo de la gehenna del fuego. (Mat. 5: 21-22.)

Es difícil no interpretar esto como una revisión básica de la Ley. En primer lugar, tildar de crimen a la ira es una innovación fundamental porque con eso está diciendo que los hombres deberían ser castigados tanto por sus pensamientos como por sus actos. También sugiere arrestar al que llama “estúpido” a otro y condena al infierno a quien lo llama “loco”. Del mismo modo revisa la ley del adulterio:

Habéis oído que fue dicho: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que todo el que mira a una mujer deseándola, ya adulteró con ella en su corazón. (Mat 5: 27-28)

También revisa la ley del divorcio:

También se ha dicho: El que repudiase a su mujer dela libelo de repudio. Pero yo os digo que quien repudia a su mujer —excepto el caso de fornicación— la expone a adulterio y el que se casa con la repudiada comete adulterio. (Mat. 5: 31-32)

Y con respecto a los juramentos:

También habéis oído que se dijo a los antiguos: No perjurarás, antes cumplirás al Señor tus juramentos. Pero yo os digo que no juréis de ninguna manera: ni por el cielo, pues es el trono de Dios; ni por la tierra, pues es el escabel de sus pies; ni por tu cabeza jures tampoco, porque no está en tí volver uno de tus cabellos blancos o negros. Sea vuestra palabra sí, sí; no, no; todo lo que pasa de esto, de mal procede. (Mat. 5: 33-37)

También modifica la ley de la venganza, los procedimientos de la caridad, el método de la oración y la manera de ayunar. En realidad, luego de su intervención poco queda de la Ley establecida (después de enunciar que no había venido a cambiar ni una palabra de la Ley). Comparándose con las autoridades establecidas, da a entender que no vale la pena escucharlas y dice:

Porque os digo que, si vuestra justicia no supera a la de los escribas y los fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos. (Mat. 5: 20)

Pidiendo la aceptación de la Ley, Jesús desarma a la oposición. Luego, mediante una reestructuración de la misma, se iguala en poder y autoridad a la institución religiosa del estado. No resulta sorprendente que sus oyentes:

...se maravillaban de su doctrina; pues les enseñaba como quien tiene poder y no como sus doctores. (Mat. 7: 28 y 29)

Su herencia cultural le otorgó una oportunidad única para convertirse en una autoridad. En Israel se suponía que las leyes habían sido enunciadas en los comienzos y que sólo se podía descubrirlas e interpretarlas. En cambio, en otras culturas es posible considerar a leyes similares como producto del consenso: los hombres crean las leyes que los hombres deben seguir. Cuando se supone que las leyes existen independientemente del hombre y sólo es posible descubrirlas, un solo individuo puede hablar con la misma autoridad que el establishment porque puede

sostener que ha descubierto la ley verdadera. Puede proponer el cambio diciendo que sus oponentes se han desviado de las verdaderas leyes de la religión. (Los líderes de movimientos masivos contemporáneos han utilizado del mismo modo las “leyes del desarrollo histórico”: la verdad debe ser descubierta.)

A través de toda su carrera, Jesús atacó a los líderes del establishment en forma hábil y sistemática, centrando su ataque en la doctrina religiosa ya existente. Digo que se desviaban de la religión verdadera y al mismo tiempo se erigió en autoridad de la misma. En ningún lugar de los evangelios existe un comentario elogioso de Jesús sobre un líder religioso, exceptuando a quienes ya habían muerto hacia tiempo. Lo más cercano a un elogio es el que le hace a Juan, su colega y profeta competidor. Dice:

En verdad os digo que entre los nacidos de mujer no ha aparecido uno más grande que Juan el Bautista. Pero sin embargo el más pequeño en el Reino de los Cielos es mayor que él. (Mat. 11: 11)

Para dar a conocer y reunir adeptos Jesús no sólo debía atraer oyentes con sus palabras, sino que debía ofrecer algo que diera fama a su nombre en todo el país. Lo logro creándose una reputación como curador. El secreto del oficio de curar consiste en hacer vibrar una profunda cuerda en la fantasía de la gente. Las leyendas surgen con rapidez y la eficacia de la cura crea más fe en la eficacia y por lo tanto mayor eficacia. Una vez que un hombre adquiere fama como curador, el solo hecho de tocar su ropa es capaz de curar (por eso había un guardia para prevenir que los enfermos tocaran los ropajes del emperador romano.) No sabemos si Jesús poseía realmente dones especiales, pero su actuación como curador demuestra habilidad para hallar la manera de hacerse famoso de inmediato. Es posible que ninguna otra cosa le hubiese servido para adquirir fama con tal rapidez particularmente en una época donde la medicina era ineficaz contra las enfermedades, y la gente vivía con el temor de ser poseída por los demonios. Como las enfermedades no conocen clases sociales, su reputación le sirvió para llegar a los ricos: se le rogó que atendiera al líder de una sinagoga —hombre pudiente— y a un centurión romano. Incluso el noble Herodes Antipas lo recibió a causa de su reputación, pero Jesús se negó a complacerlo con una cura (Lucas 23). Jesús no solo adquirió fama mediante las curaciones; además, procedió de tal modo, que no fue fácil oponérsele. No se jactaba de sus curas, evitando así las resistencias o las investigaciones; en cambio instaba a sus pacientes a guardar el secreto (Marcos 5). Como nadie que haya sido curado de una enfermedad crónica puede ocultar la cura, ni desea hacerlo, el hecho era transmitido por otros y sólo lo dicho por otros podía ser refutado. Una vez, nada más, se le podría acusar de jactancia indirecta: cuando los mensajeros de Juan le preguntaron si él era el que debía llegar, Jesús dijo:

id y referid a Juan lo que habéis oído y visto: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados. (Mat 11: 4-5)

Aunque peligrosa, aún existe otra táctica de poder susceptible de ser utilizada por un desconocido si desea hacerse famoso rápidamente. Si un hombre desea que se lo considere igual o superior a un oponente poderoso, puede hacerle audaces ataques personales. Cuanto más audaz sea el ataque, más conocido será el atacante, siempre que el hecho trascienda ampliamente. Es corriente que los líderes de movimientos masivos, aunque al principio cuenten con muy pocos adeptos, se opongan con audacia a las autoridades prominentes como si estuvieran en el mismo plano que

éstas. Un ejemplo actual es la fama que obtuvo el desconocido Robert Welch de la John Birch Society cuando dijo que el presidente de los Estados Unidos era un agente de la conspiración comunista. También los líderes del Poder Negro dirigen audaces ataques al presidente. Jesús no solo agredió verbalmente a los líderes religiosos establecidos diciendo: “Serpientes, generación de víboras, ¿cómo podréis escapar a la condena del infierno?” (Mat. 23: 33); también atacó físicamente a la jerarquía religiosa cuando castigó a los mercaderes en el templo.

LA CREACIÓN DE UNA ORGANIZACIÓN

Si bien utilizó la tradición profética, los métodos de Jesús diferían marcadamente de los tradicionales. Una profeta típico fue Juan Bautista, quien salió del desierto vestido con pieles de animales y conminando a todos al arrepentimiento. Esos hombres de vida ascética empleaban en sus programas un elevado tono moral, erigiéndose como la conciencia de las multitudes. Lograban atraer seguidores transitorios en busca de un cierto toque divino, no simplemente curiosos, pero el profeta era esencialmente un hombre solitario que vivía alejado de la sociedad.

Jesús por el contrario, comenzó su carrera pública eligiendo hombres dispuestos a unírsele. Era evidente que estaba empeñado en la tarea de formar una organización, siendo uno de sus principales actos la elección de un conjunto de hombres capaces de reclutar a otros. Como lo dice Mateo, Jesús:

...vio a dos hermanos, Simón llamado Pedro y Andrés, su hermano, echando una red al amar, pues eran pescadores. Y les dijo: seguidme y osaré pescadores de hombres. (Mat. 4: 18-19)

Jesús contaba realmente con doce hombres en su organización y se dice que tenía más de setenta (número que indica una organización importante). Como lo dice Lucas:

Después de esto, designo Jesús a otros setenta y dos y los envió de dos en dos delante de sí, a toda ciudad y lugar adonde Él había de venir. (Lucas 10; 1)

Volvieron los setenta llenos de alegría diciendo: Señor, hasta los demonios se nos sometieron en tu nombre. (Lucas 10: 17)

Al seleccionar esta élite, Jesús no buscó entre los miembros del establishment sino que reclutó gente en los estratos más bajos de la población. Cuando los reclutaba, les exigía lo mismo que ahora se requiere de cualquier grupo revolucionario. Debían dejar de lado todo lo que se relacionara con sus ambiciones sociales y abandonar todo compromiso con los demás, incluyendo los lazos familiares. El lo dijo así:

El que ama al padre o a la madre más que a mí no es digno de mí, y el que ama al hijo o a la hija más que a mí, no es digno de mí. (Mat. 10: 37).

Al joven que deseó cumplir con sus obligaciones filiales y enterrar a su padre, le dijo: “Dejad que los muertos entierren a sus muertos”. (Lucas 9: 60) No pedía a los demás más de lo que se exigía a sí mismo: cuando se le anunció que su padre y sus hermanos estaban afuera y deseaban hablarle, dijo:

¿Quién es mi madre? ¿Y quienes son mis hermanos? Y extendió la mano hacia sus discípulos, y dijo: He aquí a mi madre y a mis hermanos. (Mat. 12: 48-49)

Los líderes de movimientos masivos siguen el ejemplo de Jesús y exigen que sus seguidores abandonen todo vínculo, incluyendo su familia¹. Los líderes de Poder Negro siguen el ejemplo y se llaman “hermanos del alma”.

Jesús confirió a sus hombres el status de una élite. Les dijo:

A vosotros os ha sido dado conocer los misterios del Reino de los Cielos; pero a éstos no. (Mat. 13: 11).

Y dijo:

En verdad os digo, cuanto atareis en la tierra será atado en el cielo, y cuanto desataréis en la tierra será desatado en el cielo. (Mat. 18-18)

Los autorizó a curar a los enfermos, resucitar a los muertos, limpiar a los leprosos y exorcizar a los demonios, todas ellas actividades que le hicieron famoso. Aseguró su lealtad mediante promesas. Cuando Pedro le preguntó qué ganaría con seguirlo, le dijo:

En verdad os digo que vosotros, los que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta sobre el trono de su gloria, os sentareis también vosotros sobre doce tronos para juzgar a los doce tribus de Israel. (Mat. 19: 28)

Parece evidente que las promesas no sólo se referían a lo que obtendrían por escucharlo como a un maestro: también incluían lo que podrían obtener cuando él llegase al poder.

Jesús también amenazaba a sus hombres, diciendo:

...pero a todo el que me negare delante de los hombres yo no negaré también delante de mi Padre, que está en los cielos. (Mat. 10: 33)

Y fomentaba en sus hombres la inseguridad y la necesidad de seguirlo, sembrando dudas sobre su reconocimiento:

No todo el que dice: ¡Señor! ¡Señor! entrará en el Reino de los Cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los Cielos. Muchos me dirán en aquel día: ¡Señor, Señor! ¿No profetizamos en tu nombre y en nombre tuyo arrojamos los demonios y en tu nombre hicimos muchos milagros? Yo entonces les diré: Nunca os conocí: apartaos de mí, obradores de iniquidad (Mat. 7: 21-23).

Jesús utilizaba la persecución exterior como táctica para lograr la cohesión de su grupo, como lo hace actualmente todos los revolucionarios. Dijo:

Os envío como ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas. Guardaos de los hombres, porque os entregarán a los senedrines y en sus sinagogas os azotarán. (Mat. 10: 16-17)

El hermano entregará al hermano a la muerte, el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra los padres y les darán muerte. Seréis aborrecidos de todos por mi nombre; el que persevera hasta el fin, ése será salvo. (Mat. 10: 21-22).

No sólo pide que se unan contra la persecución exterior, sino que añade a esto la amenaza de lo que realmente deberían temer cuando dice:

¹ Eric Hoffer, *The True Believer*, Nueva York, Harper, 1950.

No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, que al alma no pueden matarla; temed más bien a aquel que puede perder el alma y el cuerpo en la gehenna (Mat. 10: 28)

Las instrucciones que dio a sus discípulos revelan un esfuerzo deliberado para conseguir adeptos entre los pobres. Envía a sus hombres con estas palabras:

No os procuréis oro, ni plata, ni cobre para vuestros cintos ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón, porque el obrero es acreedor a su sustento. (Mat. 10: 9-10)

Los envía a proclamar el Reino de los Cielos, curar a los enfermos, resucitar a los muertos, limpiar a los leprosos y exorcizar a los demonios, pero llama la atención su orden de presentarse como hombres pobres, sin dinero y con una sola túnica. No sólo les aconseja una vida ascética; además los instruye sobre cómo presentarse para tratar con las multitudes. Es posible tener una segunda túnica y curar de todos modos, pero no se logra reunir adeptos entre los pobres teniendo dinero, dos túnicas o zapatos.

Jesús entrenó a sus discípulos, pero como cualquier líder que se precie de serlo se las ingenió para que ninguno lo sobrepasara. Los mantuvo a distancia criticando su torpeza por no comprender sus parábolas, su incapacidad para curar y los celos que mostraban en su empeño por ser el favorito y ocupar el más alto rango cuando llegara el éxito. En realidad Jesús no alaba a ninguno de sus adeptos. Lo más cercano a un elogio es su comentario a estas palabras de Pedro: “Tu eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”, Jesús responde:

Bienaventurado tú, Simón Bar Jona, porque no es la carne ni la sangre quien te ha revelado esto, sino mi Padre que está en los Cielos. Y yo te digo a ti que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. (Mat. 16: 17-18)

Sin embargo, ante la protesta de Pedro porque Jesús anuncia que debe ir a Jerusalén para ser condenado a muerte, responde:

Retírate de mí, Satanás; tú me sirves de escándalo, porque no sientes las cosas de Dios, sino las de los hombres. (Mat. 16: 23).

No sabemos si se justifican los comentarios de Jesús sobre la torpeza de sus hombres. Pero los evangelios indican que no logró enseñarles a ser tan hábiles como él para afrontar las críticas. Cuando se lo atacaba o se le hacían preguntas, Jesús no utilizaba nunca una conducta defensiva; respondía con ataque o con otras preguntas debilitando así la posición de sus contrarios. Sin embargo, después de su muerte, cuando sus hombres se dirigían a un grupo de personas asombradas porque “cada uno los oía hablar en su propia lengua” alguien dijo con desprecio: “Estos hombres están llenos de vino nuevo”. Entonces Pedro, irguiéndose junto a los once, elevó su voz y dijo: “Judíos y todos los habitantes de Jerusalén, aperebíos y prestad atención a mis palabras. No están éstos borrachos como vosotros suponéis, pues no es aún la hora de tercia. (Hechos 2: 13-15). No fue ésta una respuesta digna de su maestro.

Si un hombre desea conquistar poder en una sociedad, generalmente debe abrirse camino dentro del marco político establecido. Es posible suponer que Jesús no buscaba el poder político ya que en ningún momento intentó lograr una posición dentro de la jerarquía religiosa. El hecho de que haya dado mayor importancia al sobrenatural “Hijo del Hombre” que al “Hijo de David”, imagen más politizada, apoya esta suposición. No obstante, aducir que Jesús no deseaba el poder político porque no buscaba un cargo sacerdotal, implica ignorar la nueva estrategia que introdujo en el mundo; algo equivalente a decir que Lenin no buscaba el poder porque no se unió a la corte del Zar. A partir de Jesús, los líderes revolucionarios aprendieron a no depender del establishment político del momento y a crear un movimiento independiente. Estos líderes no desean ser aceptados dentro del establishment sino que buscan el apoyo de los desposeídos.

Jesús fue el primer líder que presentó un programa para reunir adeptos sobre los desposeídos y los pobres. La base de su táctica consistía en afirmar que los pobres merecían el poder más que ninguno otro grupo social. En los primeros discursos declaró que los pobres eran benditos. Al hablar ante una audiencia compuesta por pobres y descontentos, los llamó la sal de la tierra, la luz del mundo y anunció que los humildes heredarían la tierra. Atacó reiteradamente a los ricos diciendo que les resultaría difícil entrar en su reino, y al hablar ante una audiencia de gente pudiente dijo que los últimos serían los primeros. No sólo formó su élite con hombres pobres, sino que él mismo era conocido por comer y beber con los parias. Nunca crítica a los pobres; sólo a los ricos, a los instruidos y a la institución sacerdotal.

La promesas de Jesús a los pobres fueron utilizados como modelo por los líderes de movimientos masivos posteriores. Prometió a sus seguidores un paraíso en algún vago futuro². De modo similar, los bolcheviques ofrecieron una sociedad sin clases y Hitler un Reich de mil años. Jesús dio a entender incluso que el día no estaba muy lejos:

Verdaderamente os digo, que algunos de los aquí presentes, no probarán el sabor de la muerte hasta que hayan visto el reino de Dios en todo su poder. (Marcos 10: 1)

También ofreció a los sufrientes la posibilidad de sufrir por una buena causa:

Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan y con mentira digan contra vosotros todo género de mal por mí. Alegraos y recocijáos, porque grande será en el cielo vuestra recompensa, pues así persiguieron a los profetas que hubo antes de vosotros. (Mat. 5: 11-12).

Como procede actualmente todo líder revolucionario, Jesús ofreció hacerse cargo de todos problemas:

...venid a mí todos los que estéis fatigados y cargados, que yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, pues mi yugo es blando y mi cara ligera. (Mat. 11: 28-30)

Mientras ofrecía su yugo, Jesús aconsejaba al pueblo que si escuchaban sus palabras y actuaban de acuerdo con ellas serían como el “varón prudente que edifica su casa sobre una roca”; de otro modo “serían semejantes al necio que edificó su casa sobre la arena”, ya que ésta se derrumbará. (Mat. 7: 24-27)

² Como dice Hoffer: “En todas las épocas los hombres lucharon desesperadamente por hermosas ciudades aún no construidas y jardines todavía no sembrados”. Ob. cit pág. 73.

Parece evidente que Jesús planeaba formar una organización a largo plazo. Si ésta era su intención debía colocar sus esperanzas en los jóvenes, intentando separarlos de los lazos familiares y de las ataduras con el establishment. También los líderes de movimientos masivos se esforzaron siempre por conquistar a la juventud. Incluso entre los propios seguidores han utilizado a los jóvenes contra los disidentes, como lo hace Mao Tse-tung con sus Guardias Rojos. Cuando Jesús reprocha a sus discípulos por apartar a los niños de su lado, les dice:

Dejad a los niños y no les impidáis acercarse a mí, porque de los tales es el Reino de los Cielos. (Mat. 19: 14)

Es posible que Jesús no haya puesto esperanzas en la generación siguiente, pero es indudable que exigía romper los lazos familiares y que incitaba a los jóvenes a rebelarse contra los mayores. La fuerza conservadora de la familia es un impedimento para cualquier movimiento masivo; sólo después de alcanzar el poder resulta conveniente procurar la cohesión familiar. El antecedente de los movimientos de nuestro siglo veinte que separan al individuo de su familia está en las palabras de Jesús:

No penséis que he venido a poner paz en la tierra; no vine a poner paz sino espada. Porque he venido a separar al hombre de su padre, y a la hija de su madre, y a la nuera de su suegra y los enemigos del hombre serán los de su casa. (Mat. 10: 34-36)

Los revolucionarios suelen afirmar que no se les debe seguir por sí mismos sino por lo que sus personas representan: como individuos no son totalmente responsables de lo que dicen, son apenas la voz de una fuerza superior. Jesús afirmaba que no hablaba por sí mismo, sino que sólo expresaba la voluntad de su padre celestial. Oponérsele era oponerse al Señor, y así logró inhibir posibles resistencias o acusaciones de autoengrandecimiento presentándose como mero instrumento de la voluntad divina. No obstante, también añadía que era el único instrumento capaz de interpretar correctamente al padre celestial.

Los líderes de todos los movimientos revolucionarios aprendieron a definirse a sí mismos como los dirigentes de un movimiento destinado irremediablemente a lograr el poder. De este modo, cuentan con lo inevitable. Jesús sentó el precedente de esta táctica cuando profetizó la aparición inevitable del Hijo del Hombre y la llegada inevitable del Reino de los Cielos. Cuando afirman que con su intervención sólo apresuran o facilitan el advenimiento de un hecho inevitable, los líderes ayudan a los seguidores a aceptar algo ineludible y desaniman a los demás a oponerse al curso de la historia.

LA MAYOR CONTRIBUCIÓN TÁCTICA DE JESÚS

De acuerdo con nuestro empleo del concepto, una persona adquiere “poder” cuando tiene la posibilidad de determinar lo que ocurrirá. Las tácticas de poder se refieren a las maniobras empleadas por alguien para influir y obtener control sobre el mundo social y aumentar la posibilidad de predecir. Según esta amplia definición, una persona tiene poder si puede ordenar a otra que se comporte de una cierta manera, pero también lo tiene si puede provocar este comportamiento. Un hombre puede ordenar a otros que lo levanten y lo transporten, mientras que otro puede lograr lo mismo mediante un desmayo. Ambos están determinado lo que ocurrirá en

su ambiente social mediante el uso de una táctica de poder. Muchos individuos parecen pensar que obtener poder sobre los demás es más importante que cualquier perturbación emocional que puedan experimentar. Es posible que el alcohólico que le dice al cantinero: “Si usted quiere que me vaya, écheme”, pase por una situación indigna y penosa, pero fue él quien determinó el resultado de la misma. Incluso desde la tumba es posible determinar lo que ocurrirá, como pueden testimoniarlo las víctimas de los testamentos y quienes tengan algún pariente que se haya suicidado.

Resultará útil reflexionar sobre las tácticas de Jesús, según esta amplia definición de las tácticas de poder. Muchos líderes revolucionarios condenaron a Jesús por las tácticas que introdujo. Sus objeciones no se basan en un estudio de las mismas, sino en el modo en que los poderes establecidos aprendieron a usarlas posteriormente. Por ejemplo, en aquella época, el establishment podía conservar el poder persuadiendo a los oprimidos a esperar su recompensa en una vida futura. Sin embargo, el empleo de esta táctica por parte de Jesús no sirvió al establishment; sirvió en cambio para agitar a los pobres. Cuando Jesús aconsejó a sus seguidores esperar su recompensa en el cielo, combinó esa promesa con la amenaza de que podrían quemarse en el infierno. No les prometía el cielo como una manera de persuadir a los pobres a aceptar su miseria, sino para convencerlos de que lograrían el cielo si lo seguían y se oponían al establishment; de otro modo estarían perdidos:

Enviaré el Hijo del Hombre a sus ángeles y recogerán de su reino todos los escándalos y a todos los obradores de la iniquidad, y los arrojarán en el horno de fuego, donde habrá llanto y crujir de dientes. Entonces los Justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre. El que tenga oído que oiga. (Mat. 13: 41-43)

Les advirtió que el juicio final los tomará desprevenidos, y trazó una clara distinción entre los que estaban con él y los que no estaban:

El que no está conmigo está contra mí y el que conmigo no recoge, derrama. (Lucas 11: 23).

Se ha condenado a los cristianos por emplear la táctica de la debilidad, lo que indica incomprensión de la posición estratégica de Jesús. Cuando los bolcheviques afirmaban que se debía oponer la fuerza a la fuerza, y cuando Hitler decía que el terror se debe afrontar con terror, se estaban adaptando a una situación bastante diferente. A Jesús le era imposible organizar una fuerza igual a la fuerza de Roma o un terror semejante al que ofrecía el establishment. En esa época, un líder podría lograr levantamientos esporádicos, pero era inútil intentar un ataque organizado contra el ejército romano, como lo demostraban las ejecuciones que tenían lugar periódicamente. En la medida que los romanos daban su apoyo a la institución religiosa y le permitían ejercer autoridad sobre el pueblo, los que se oponían a la religión corrían el riesgo de ser exterminados. Ante esa situación, Jesús desarrolló la táctica del vencido, procedimiento que ha sido utilizado ampliamente desde entonces por los desposeídos frente a los invencibles.

LA TACTICA DEL VENCIDO

En cierto momento Jesús compara a su manada con las bestias del campo y con los pájaros del aire; creemos que vale la pena comparar también sus tácticas. Como los hombres, los animales forman grupos sociales con una estructura jerárquica de poder y es inevitable que se produzcan luchas cuando los revolucionarios intentan

escalar posiciones y los líderes establecidos se oponen. Entre las variadas técnicas utilizadas por los animales en esta pugna, la más relevante para un estudio sobre Jesús es la “táctica del vencido”, utilizada por algunas bestias del campo y pájaros del aire. Cuando dos lobos pelean y uno alcanza la posibilidad de matar al otro, el lobo derrotado levanta de pronto la cabeza y ofrece su cuello al adversario. Ante esa actitud, el oponente se paraliza y no puede matarle. El vencido controla así la conducta del vencedor quedándose inmóvil y ofreciendo su vulnerable yugular. También el pavo, enfrentado a un oponente más fuerte, estira el cuello a ras del suelo adquiriendo una postura indefensa, y el oponente de su misma especie no puede atacarle ni matarle. Esta relación entre Jesús y la conducta animal es comentada por Lorenz³ quien, refiriéndose a la lección que se puede aprender de la conducta de los lobos, dice: «Al menos he logrado una comprensión más profunda de un dicho de la Biblia, a menudo mal comprendido y que hasta ahora me había provocado fuertes sentimientos de oposición: “Al que le hiere en una mejilla ofrécele la otra” (Lucas 6: 29). Un lobo me ha iluminado; no se le vuelve la mejilla al enemigo para que vuelva a golpear sino para imposibilitarlo de hacerlo».

Si bien puede argumentarse que la táctica del vencido es un mero recurso utilizado por los animales para sufrir derrotas sin extinguirse y que los hombres utilizan estas tácticas en la guerra, también es posible considerar el procedimiento como una manera de determinar lo que va a ocurrir. Hay un viejo dicho sobre la imposibilidad de vencer a un oponente desvalido; si se le pega y no devuelve los golpes es inevitable sentir culpa y exasperación y dudar de quién es verdaderamente el vencedor. Esta táctica es utilizada eficazmente por esposas lloronas y padres ansiosos que descubrieron que la desvalidez vuelve sus indicaciones más tiránicas que sus ordenes. La táctica extrema de amenazar con suicidarse pertenece a una categoría similar.

La táctica del vencido, el presentar la otra mejilla, tiene también sus riesgos. Da la impresión de ser una táctica que, si no es ganadora, provoca una exterminación asesina, como lo aprendieron los primeros cristianos. El hecho de que los tres exponentes máximos de este procedimiento, Jesús, Gandhi y Martin Luther King sufrieran muertes violentas, tan violentas como si hubieran luchado con la espada, no parece accidental. Resulta obvio que Gandhi tiene una deuda con Jesús: la táctica de la resistencia pasiva. Gandhi comenta que en su juventud leyó el Sermón de la Montaña y que le impresionó profundamente⁴. (No podemos saber si desarrolló una táctica del vencido más ampliamente que Jesús, ya que no tenemos suficiente información sobre este último mientras que conocemos mucho sobre Gandhi). Quizá la instrumentación de la debilidad para determinar el resultado de una lucha de poder tiene más eficacia si existe una amenaza de violencia de fondo para apoyar la táctica. El éxito obtenido por los negros con la no violencia se puede considerar un producto del temor de los blancos de provocar mayor violencia si asesinaban a muchos de estos jóvenes.

Durante toda su vida pública, Jesús predicó, aunque rara vez practicó, la táctica de presentar la otra mejilla, amar a los enemigos, rezar por ellos y perdonar setenta veces siete a quienes le habían causado daño (lo que seguramente haría capitular a cualquier oponente). Fue muy explícito en describir esto como un procedimiento estratégico más que como una regla religiosa, y desde entonces, así fue utilizada por los desposeídos ante las autoridades. A veces se lo llama “el juego del ejercito” en el que el soldado de rango más bajo puede ganarle a su superior en la lucha por el

³ Lorenz, K., *King Solomon's Ring*, Nueva York, Thomas Y. Crowell, 1952.

⁴ Gandhi, *Autobiography*; Washington, Public Affairs Press, 1948, citado en *The Gandhi Reader*, editado por H. A. Jack, Nueva York, Grove Press, 1956, pág. 3.

poder con sólo hacer más de que lo que se le ordena. Si a un soldado recalcitrante se le ordena fregar el suelo, no sólo puede fregar sino hacerlo obedientemente durante ocho horas. (Los autores de un trabajo psiquiátrico describen a un soldado que se las ingenió para encontrar y usar como un arma un estropajo con un solo cordel.) Sus superiores se enfurecerán, pero se sentirán incapaces de tomar represalias, ya que no se le puede castigar por hacer lo que se le ordenó. Jesús expresó cuidadosamente esta táctica al explicar la estrategia que se debe emplear ante la autoridad.

Habéis oído que fue dicho: Ojo por ojo y diente por diente; pero yo os digo: No resistáis al mal, y si alguno te abofetea en la mejilla derecha, dale también la otra; y al que quiera litigar contigo para quitarle la túnica déjale también el manto y si alguno te requisara para una milla, vete con él dos. (Mat, 5: 38-41)

Es dudoso que Jesús haya inventado la táctica del vencido, pero, por cierto, la sistematizó y enunció de un modo muy explícito. Nos dicen que los judíos la utilizaron para vencer a Pilatos. Cuando éste fue nombrado gobernador, erigió sus cuarteles en Cesárea y colocó las banderas de Tiberio en Jerusalén; los judíos protestaron por la instalación de banderas en su ciudad sagrada y entraron en manifestación a Cesárea. Pilatos los rodeó con sus tropas y anunció que si no se dispersaban los mataría. Los judíos, desarmados, “se arrojaron todos al suelo, extendieron sus cuellos y exclamaron que estaban dispuestos a morir antes de transgredir la Ley”⁵. Las insignias de Cesar desaparecieron.

El hecho de que Jesús nunca haya entregado la otra mejilla sugiere que era una táctica deliberada, más que su filosofía personal. Ante adversarios como los escribas y fariseos que lo criticaban, Jesús no sólo devolvía crítica por crítica, sino que los vilipendiaba y amenazaba. Cuando los fariseos criticaron a sus hombres por comer trigo en sábado, Jesús señaló que David comió los panes consagrados y que además el Hijo del Hombre era Señor del sábado. Cuando lo criticaron por curar en sábado respondió que en ese día se salvaría a un animal herido y que un hombre valía más. Cuando dijeron que curaba por medio del demonio, los llamó “generación de vigoras” y cuando preguntaron por qué sus discípulos no se lavaban las manos antes de comer los llamó hipócritas. (Mat. 15).

Estas no son respuestas humildes; Jesús no utilizaba con sus oponentes la resistencia pasiva; respondía con una pregunta o con un ataque. En realidad, jamás perdonó a nadie una crítica o algún daño a su persona, aunque perdonaba a los que habían causado daños a otros. Desde la cruz ofreció un perdón general para todos cuando dijo: “Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen”, pero cuando se le presentaba la oportunidad de perdonar en un encuentro personal, la rechazaba. Por ejemplo, podría haber perdonado a Judas cuando lo traicionó, pero en cambio dijo: “Pero, ay del hombre por quien el Hijo del Hombre será entregado, mejor le fuera a ése no haber nacido”. (Mat. 26: 24)⁶

EL CLÍMAX DE LA LUCHA POR EL PODER

⁵ Josefo, Guerra ii 169-177 en K. Barret (ed.), *The new Testament background: Selected Document*, Nueva York, Harper and Row, 1961 págs. 124.

⁶ Es posible que éste fuese un comentario filosófico más que un comentario personal sobre Judas. Durkheim sugirió que toda sociedad necesita casos atípicos para que el resto sepa cómo comportarse unos con otros. Jesús se le anticipó diciendo: “¡Ay del mundo por los escándalos! Porque no puede menos de haber escándalos; pero ¡ay de aquel por quien viniere el escándalo!” (Mat. 18: 7).

El examen de las tácticas utilizadas por Jesús no sólo amplía nuestra comprensión de la naturaleza de las luchas por el poder, sino que también sugiere una posible resolución de algunas de las contradicciones de los evangelios. Los autores de los evangelios son más confusos al relatar los últimos días de Jesús que con respecto a cualquier otra parte de su vida. El empeño en mostrarlo inocente les hace descuidar la enunciación de los cargos que se le hicieron, y los intentos por hacer coincidir sus actos con complicadas profecías sobre el Mesías sólo contribuyeron a aumentar la confusión.

En su lucha final, Jesús arregló la situación como para que no hubiese esperanzas de compromiso alguno. Condenó al clero e incluso se cuidó muy bien de no llamar a una rebelión abierta contra la jerarquía sacerdotal, los desacreditó totalmente con estas palabras:

En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos. Haced, pues, y guardad lo que os digan, pero no los imitéis en las obras porque ellos dicen y no saben. Atan pesadas cargas y las ponen sobre las espaldas de los hombres, pero ellos ni con un dedo hacen por moverlas. (Mat. 23: 2-4)

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que cerráis a los hombres el Reino de los Cielos! No entráis vosotros ni permitís entrar a los que querrían entrar. (Mat. 23: 13)

Jesús no sólo criticó; también actuó. Cometió un audaz ataque al templo cuando volcó allí las mesas de los mercaderes y de los tratantes de animales de sacrificio. No fue ese un ataque sin importancia, ya que una parte esencial de la economía del templo era la venta de animales y el cambio de dinero. Este ataque mostró nuevamente su habilidad como táctico, ya que eligió el área más vulnerable del enemigo. No violó el altar ni invadió el santuario, sino concentró sus esfuerzos sobre el aspecto comercial, afirmando que convertían una casa de recogimiento en una cueva de ladrones. Mediante este tipo de ataque público logró fama inmediata en toda la ciudad sin dar ventaja a sus oponentes. Al clero le resultaba incomodo tomar represalias por su violencia, ya que citaba sus propias escrituras, y sólo atacaba un aspecto difícil de defender.

Jesús no sólo condenaba el establishment, sino que se ofrecía como alternativa; incluso llegó a decir que podría destruir ese templo y reconstruirlo en tres días.

Su posición era demasiado extrema; el establishment debía actuar en su contra si deseaba sobrevivir. Aparentemente intentaron agredirlo, pero “temían a la multitud” (Mat. 21: 46) y aunque hubo un intento de apedrearlo, logró escapar. La única alternativa era arrestarlo.

A pesar de lo confusos que aparecen en los evangelios sus últimos días, hay varios puntos que están claros:

1) Aún contra las objeciones de sus seguidores, Jesús insistió en ir a Jerusalén a que lo arrestaran. Cuando llegó a la ciudad sagrada, se comportó de manera tan extrema que forzó su arresto. Se las arregló para que los oficiales que debían arrestarlo lo encontraran fácilmente, o al menos esperó pacientemente a que llegaran. Es posible interpretar la traición de Judas como preparada por Jesús. Este afirma: “Uno de vosotros me traicionará”, y cuando se le pregunta quién, dice:

Aquel a quien yo mojaré y diere un bocado. Y mojado un bocado lo tomó y se lo dio a Judas, el hijo de Simón Iscariote. Después del bocado, en el mismo instante, entró en él Satán. Jesús le dijo: Lo que has de hacer, hazlo pronto. (Juan 13: 26-27)

2) Fue juzgado y condenado a muerte por el Sanedrín y enviado al gobernador de Roma para ser ejecutado.

3) Pilatos se negó a ejecutarlo porque no halló evidencias de que hubiese infringido la ley romana.

4) Pilatos se volvió al pueblo para que tomara una decisión, y la muchedumbre pidió la muerte de Jesús. La conducta de Jesús hasta el momento del juicio permite varias interpretaciones; su comportamiento agresivo y el deseo de ser arrestado, parece justificar al menos lo siguiente: a) Era realmente el Mesías y por lo tanto debía realizar la profecía de ser entregado a sus enemigos y ejecutado. b) Se sacrificó por los pecados del mundo como parte de la pauta mesiánica y entonces fue una elección individual. c) Se volvió loco (como lo sugiere Shaw y lo niega Schweitzer), decidió que era el Mesías y que debía morir para hacer posible la llegada del Reino de los Cielos⁷. d) No tenía la intención de morir, pero deseaba ser arrestado porque sentía que tanto él como la fuerza de la organización se estaban agotando en la lucha final contra el establishment.

La conducta de Jesús después de su arresto parece asegurar que sólo la última de las interpretaciones se acomoda a los hechos. Después de permitir o planear su arresto, hizo que resultara casi imposible condenarlo y ejecutarlo. Si hubiera deseado que lo ejecutaran como parte de la profecía mesiánica, o sacrificarse por los pecados del mundo, podría haber anunciado que era el Mesías, podría haberse opuesto a la ley romana y su ejecución hubiera sido cosa de rutina. Si se hubiera vuelto loco y buscando el sacrificio de un modo suicida, se hubiese comportado de un modo provocativo y simplificado la ejecución. Sin embargo, no hizo nada de eso. Se negó a hablar, rehusó decir que era el Mesías y se negó a oponerse a Roma. En realidad después de entregarse amablemente en manos del establishment, se comportó de tal modo que su ejecución parecía imposible.

Después de ser arrestado:

Los príncipes de los sacerdotes y todo el Sanedrín buscaban falsos testimonios contra Jesús para condenarle a muerte pero no los hallaban, aunque se habían presentado mucho falsos testigos. (Mat. 26: 59-60)

En esta situación Jesús no maldijo ni envileció a los escribas y fariseos, ni siquiera se defendió ni afirmó su autoridad. No dijo nada durante varias horas de interrogatorio y de fútiles presentaciones de testigos. Mateo continúa:

Al fin se presentaron dos que dijeron: Este ha dicho: yo puedo destruir el templo de Dios y en tres días reedificarlo. Levantándose el pontífice, le dijo: ¿Nada respondes? ¿Qué dices a lo que estos testifican contra ti? Pero Jesús callaba. (Mat. 26: 60-63).

Sólo cuando se le obliga a hacerlo, Jesús responde, aunque de un modo ambiguo:

Te conjuro por dios vivo a que digas si eres tú el Mesías, el hijo de Dios. Díjole Jesús: Tú lo has dicho. Y yo os digo que un día veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder y venir sobre las nubes del cielo. Entonces el pontífice rasgó sus vestiduras diciendo: Ha blasfemado. ¿Qué necesidad tenemos de más testigos? Acabáis de oír la blasfemia. ¿Que os parece? Ellos respondieron: Reo es de muerte. (Mat. 26: 63-66)

⁷ Shaw, B., prefacio a *Androcles and the Lion*, Baltimore, Penguin, 1951, y Schweitzer, A., *The Psychiatric Study of Jesus*, Boston, Beacon Press, 1948

Responder “Tu lo has dicho” no es lo mismo que decir “Sí, lo soy”. Sólo uno de los cuatro autores del Nuevo Testamento le hace admitir que es el Mesías, y todos coinciden en que lo hizo después de permanecer en silencio durante todo el interrogatorio. Marcos le hace decir: “Yo soy; y veréis al hijo del hombre sentado a la derecha del poder y venir sobre las nubes del cielo”. (Marcos 14: 62) Lucas le hace responder: “Tú dices que lo soy” (Lucas 22: 70) y Juan ni siquiera menciona el episodio. Cuando Jesús dice “Tú lo has dicho” el pontífice interpreta la respuesta como “Sí, lo soy”. Sin embargo, cuando Jesús le responde lo mismo a Pilatos, éste lo recibe como una negación. En realidad, Jesús jamás afirmó ser el Mesías sino que lo hicieron los demás.

A pesar de que en aquel tiempo las leyes del Sanedrín eran inciertas, aparentemente eran gente de procedimiento estrictos. Es por eso que la evidencia presentada por testigos era necesaria; por lo general, se requerían dos y, según la ley, un hombre no podía ser condenado por sus propias declaraciones. Sin embargo, la condena de Jesús se basó en un crimen confuso y en las declaraciones breves y ambiguas del final del proceso. Persiste un misterio. Si Jesús era el Mesías que habría de ser sacrificado, ¿por qué no aparecen testigos satisfactorios para facilitar su condena, o al menos, por qué no hace alguna de las declaraciones salvajes que hizo en otro momento? Al permanecer en silencio y dar sólo una última respuesta ambigua, Jesús hizo que fuera legalmente imposible condenarlo a muerte; para hacerlo, debían infringir las reglas y condenarlo entonces por sus propias declaraciones. Se lo hace en un acceso de irritación, por impulso.

Cuando presentan a Jesús ante el gobernador romano se produce una situación notablemente similar. A pesar de que al establishment se le daba una autonomía sorprendente para un pueblo colonial, no podían ejecutar a un hombre sin autorización de Pilatos. Una vez más, si Jesús estaba decidido a ser ejecutado, tenía que persuadir a Pilatos para que diera la orden. En cambio hizo extremadamente difícil, si no imposible, que Pilatos ordenara su ejecución.

Aunque Jesús criticaba y condenaba al establishment religioso y a los gobernantes nativos, se comportó de manera extremadamente circunspecta ante los romanos. En el Nuevo Testamento no figura ninguna declaración suya que pueda considerarse un ataque a Roma. A pesar del antagonismo de los hebreos hacia esa dominación extranjera, Jesús no instigó al pueblo contra Roma ni se opuso a los impuestos romanos (aunque objetó los impuestos del templo, Mat. 17: 26). Lo máximo que hizo fue incluirlos junto a los gentiles, y no tomarlos en cuenta. Enseñó a sus discípulos a tratar sólo con judíos, diciendo: “No he sido enviado sino para las ovejas perdidas de la casa de Israel”. (Mat. 15: 24)⁸ Aunque Jesús condenaba a los no-judíos como clase, no hace declaraciones anti-romanas, ni siquiera cuando sus adversarios pretenden engañarlo preguntándole si debían pagarle tributo al Cesar. (Mat. 22: 21).

Aun queda la posibilidad de que los evangelios los hayan escrito autores que no quisieran indisponer a los romanos y por lo tanto no transcribieran ninguna de sus declaraciones anti-romanas, pero también es posible que Jesús no haya hecho ninguna. El poder romano debe haber sido claramente invencible y un estratega del poder no ataca directamente al poder invencible; busca otros medios para socavarlo. La actitud de Jesús de no oponerse a Roma puso a Pilatos en una situación difícil. No podía ejecutarlo legalmente, pero si no lo hacía, se enfrentaba a una revuelta del

⁸ En este mismo pasaje, una mujer gentil pide a Jesús que cure a su hija; éste le responde que su alimento no es para perros. La mujer emplea entonces la táctica preferida de Jesús: en lugar de molestarse ante la insultante respuesta, vuelve la otra mejilla y dice que los perros deben contentarse con las migajas que caen de la mesa del amo. Ante esto, Jesús capitula y le brinda su ayuda.

clero iracundo. Imposibilitando la ejecución Jesús provocó una disputa entre Pilatos y los sacerdotes. Por último, Pilatos se dirigió al pueblo, y utilizando la excusa de liberar a un prisionero en un día festivo, dejó la decisión en manos del pueblo. La muchedumbre falló en contra.

La razón por la que la multitud pidió su muerte permanece oscura, ya que, dada su popularidad, tuvieron que arrestarlo en secreto. Schweitzer considera que pidieron su muerte porque supieron que en el tribunal Jesús había blasfemado, declarando ser el Mesías⁹. Existe una versión católica que supone la presencia disimulada de sacerdotes del templo entre la multitud. Sería más crucial preguntarnos por la autenticidad del episodio, ya que se ha sostenido que en ese Estado no existía la tradición de liberar a un prisionero en un día festivo. De todos modos, todos los aspectos de la autenticidad del juicio, las leyes del Sanedrín, el poder del gobernador, etc., han sido debatidos interminablemente. Los actos de Jesús forzaron seguramente a los sacerdotes a tomar medidas contra él y los romanos deben haberse visto en dificultades para ejecutarlo legalmente ya que no había infringido ninguna ley romana. Por lo tanto, la versión de los evangelios parecería tan adecuada como cualquier otra.

Pongámonos en el lugar de Jesús antes de ser arrestado y como estrategias examinemos que ganaríamos y que perderíamos haciéndonos arrestar. Ante una situación cuyo resultado es incierto, estimaríamos las ganancias y pérdidas en términos probabilísticos. Los resultados más probables en orden de aparición serían los siguientes:

1. El Sanedrín, al no tener testigos adecuados y ante una víctima silenciosa, se vería forzado a liberar a Jesús por falta de pruebas. Se comprobaría de este modo la impotencia del establishment frente al movimiento creado por Jesús, sus declaraciones agresivas y la violencia física ejercida en el templo.

2. El Sanedrín, podría, por exasperación, infringir sus propias reglas y condenarlo aún sin pruebas. Lo llevarían entonces ante el gobernador romano para su ejecución. Como había tenido la precaución de no infringir ninguna ley romana, el gobernador ordenaría liberarlo y, como máximo, sería azotado. Jesús habría desacreditado de ese modo a la jerarquía del templo y probado su impotencia, al mismo tiempo sería liberado como un líder que podía oponerse abiertamente al templo y ser tolerado por Roma.

3. Por azar, y por lo tanto no podía predecirse, podría ocurrir lo inesperado: que Pilatos dejara la decisión en manos del pueblo. Siendo tantos sus seguidores, Jesús sería liberado por el pueblo y se convertiría en el líder triunfante de un movimiento popular que no podría ser derribado por el templo.

4. El Sanedrín podría condenarlo ilegalmente, Pilatos podría volverse a la multitud y el pueblo pedir su muerte. Y esta posibilidad, la que parecía la más remota, fue la que se hizo realidad.

Desde este punto de vista, parece posible interpretar la ejecución de Jesús como el resultado de un error de cálculo de su parte. ¿Quién habría adivinado que el Sanedrín iba a condenarlo sin pruebas, que Pilatos le dejaría la decisión al pueblo, y que este pueblo, al que siempre había beneficiado, pediría su muerte? Ni siquiera un maestro en estrategia podría tomar en cuenta todas las posibilidades, incluyendo los resultados por azar.

⁹ Schweitzer, A., *The Quest of the Historical Jesus*, Nueva York, Macmillan, 1961.

Al examinar la vida de Jesús sólo podemos concluir que actuar prematuramente para ganarse al mundo entero era un rasgo de su carácter. Todas las evidencias llevan a pensar que vivía apasionado por determinar lo que ocurría a su alrededor. La última resistencia se hallaba en Jerusalén y allí decidió librar su batalla final. Lo arrestaron en un lugar y en un momento elegido por él; es decir, logró determinar este último suceso. Después de ser arrestado actuó de tal modo que incapacitó a sus adversarios obligándolos a responderle en sus términos: no podían ni condenarlo ni liberarlo. Es posible que no haya calculado el grado de desesperación de sus adversarios, encontrándose finalmente en una situación imposible de controlar, como lo indica el clamor desde la cruz: “Padre, Padre; ¿por qué me has abandonado? (Mat. 27: 46). Los que insisten en que Jesús buscó deliberadamente la crucifixión sostienen que estaba decidido a controlar todo lo que le ocurriese, actitud que se evidencia en el modo de tratar no sólo con sus discípulos, sino también en su entorno físico. Cuando buscó higos en un árbol y no encontró ninguno, reaccionó como si fuera una afrenta a un hombre con poder de decisión sobre cualquier suceso, condenando al árbol a ser estéril para siempre. Sus discípulos no se sorprendieron; aparentemente suponían que su acción era adecuada. Sólo se sorprendieron de que lograra marchitar el árbol. Sin embargo, aunque sospechamos que en los últimos días fallaron sus planes, estamos de todos modos ante un hombre que no falló en construir un organización. La ejecución extendió su control más allá de su tumba e hizo que la mayoría de la humanidad se inclinara ante su yugo: esto se adecua al carácter de un hombre que finalmente dijo: “Me ha sido dado todo el poder en el cielo y en la tierra”. (Mat. 28: 18).

LAS ENSEÑANZAS DE JESÚS

Nos parece evidente que los líderes de los movimientos masivos, mesías de este siglo, han utilizado como modelo las estrategias de Jesús. Con la declinación de la religión cristiana como filosofía, las tácticas de organización de Jesús ocuparon el primer plano. Los líderes contemporáneos siguieron un conjunto de procedimientos que pueden resumirse aquí tal como fueron creados por Jesús.

La estrategia básica de los líderes comunistas, fascistas, del Poder Negro y otros movimientos masivos, consiste en buscar el poder fuera del establishment apoyando a la gente abandonada y desvalida, grupo mayoritario en los países donde han triunfado los movimientos masivos. El líder afirma que los obreros y campesinos pobres merecen el poder más que ninguna otra clase y ataca públicamente a los acomodados y a los ricos. Si los pobres están suficientemente desesperados, como ocurre ante una derrota militar, las probabilidades de éxito del movimiento aumentan.

El líder organiza un cuadro de hombres, a los que utiliza como “pescadores de hombres”. Estos discípulos son seleccionados de la misma población a la que se propone influir y se supone que se dedicaran por entero al líder y su movimiento. Deben olvidar toda ambición dentro de la sociedad a la que pertenecen, cortar los lazos familiares y abandonar toda lealtad, exceptuando al partido. Una vez que han hecho esto, les resulta muy difícil abandonar el movimiento; han sacrificado demasiado y no tienen donde ir. Se reafirman los lazos con ellos enfatizando la persecución extrema y se les facilita una misión y un propósito en la vida. Al ofrecerles ganancias concretas a cambio de su sacrificio, también se les promete el status de élite dentro de la organización y los tronos del poder en el reino futuro.

En su mensaje público el líder asegura que su movimiento tiene el benévolo propósito de salvar a la humanidad, dificultando así la oposición. Afirma, además, que la obtención del poder es inevitable, porque el movimiento representa el próximo paso en el desarrollo del hombre. Cuando se dirige a las masas, promete un paraíso en algún futuro indefinido para los que le siguen, y la desgracia para los que no lo hacen. Coloca sus esperanzas en los jóvenes que todavía no están comprendidos en el establishment, y deliberadamente predispone a los jóvenes contra los mayores, para debilitar los lazos familiares que solidifican la fuerza del establishment.

Se supone que el líder realiza una misión que implica un gran sacrificio personal, porque no parece buscar poder para su persona; no dice que se le debería seguir por él mismo ni que es un gran dirigente; se presenta modestamente como el representante de una poderosa fuerza que transportará a sus seguidores hacia el maravilloso futuro. Sin embargo, se postula como el único intérprete correcto de esa fuerza. Aunque el líder es capaz de llevar una vida que se adapte a las circunstancias, al mismo tiempo insiste en que utiliza una teoría coherente como base de sus actos.

Durante el proceso de reunir seguidores, el líder se presenta públicamente como una autoridad tan fuerte como todo el establishment y realiza audaces declaraciones agresivas sobre los dirigentes prominentes de la oposición. Al mismo tiempo utiliza métodos pacíficos dentro del marco legal si la oposición es demasiado fuerte y poderosa. Cuando se acerca la lucha final, adopta la posición de “no compromiso” con el poder gobernante. Ya que su finalidad no es el poder dentro del establishment, ningún compromiso ni transacción es posible. Cuando hombres como éstos triunfan, su poder es ilimitado porque toda otra autoridad ha sido anulada. El próximo paso es una despiadada eliminación de cualquier oposición.

Actualmente es imposible lograr poder sobre las masas sin utilizar las estrategias de Jesús. Ningún otro líder ha recibido tanta publicidad, ni las declaraciones y actos de ningún otro se han convertido en tan importante parte del pensamiento de los hombres que emprendieron una cruzada. Sin discutir si Jesús realmente ofreció una filosofía religiosa original, es indudable que como dirigente de hombres fue un innovador extraordinario. Si hubiera un mausoleo que honrara a quienes dirigieron grandes luchas por el poder, el primer lugar pertenecería al Mesías de Galilea.